

Homenajes a Salvador Allende

SALVADOR ALLENDE: A TREINTA AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO INTERVENCIÓN DEL SENADOR RICARDO NÚÑEZ M. (HORA DE INCIDENTES, MIÉRCOLES 10 DE SEPTIEMBRE DE 2003). SENADO DE LA REPÚBLICA.

Señor Presidente

Mañana, 11 de septiembre, se cumplen 30 años del derrocamiento del gobierno constitucional y democrático que encabezara Salvador Allende y con emoción recordamos a ese hombre digno y cabal que no trepidó en ofrendar su vida como trágico testimonio de su consecuencia y de los principios y valores que siempre lo animaron.

Como ya lo señalara en este mismo hemicycle el año 1998, los hechos acaecidos ese aciago día han sido objeto de las más diversas interpretaciones y lecturas. No podía ser de otra manera. A fin de cuentas un país tan escindido políticamente como lo era Chile en ese momento no puede sino que generar historias, relatos y explicaciones que puestas al tamiz de la historia objetiva, que supuestamente construyen los pueblos, difícilmente logran ser concordantes entre sí.

¿Cuánto tiempo debe transcurrir para que un pueblo dividido asuma objetivamente su propia realidad aquella que emana de los hechos concretos, de lo cierto y de lo irrefutable? Dicho de otro modo y pensando en nuestro país, ¿cuánto tiempo ha de pasar para que la serenidad del juicio, la distancia intelectual y la razón justa, puedan elaborar la historia cierta de Chile transcurrida entre el golpe de Estado y el reinicio de la democracia?

Es difícil saberlo.

Todo indica que sólo cuando se acallan las pasiones políticas que tienden a permanecer por largo tiempo en el alma de las naciones o cuando son mitigadas por el inexorable devenir del tiempo, sólo en ese instante logran los pueblos avanzar hacia un estado superior del reencuentro nacional. Cuando ello ocurre éstos logran hacer su historia sin desgarros y construir la verdad a través de la cual se asumen a cabalidad los hechos traumáticos que rodearon su existencia.

Interpretar, en consecuencia, las raíces entre las cuales se esconden las causas que desataron el golpe militar de 1973; establecer con precisión los hechos vividos por nuestro país durante el régimen militar del general Pinochet; analizar las repercusiones que estos años tuvieron en el alma nacional y predecir su influencia hacia el futuro, es una noble aunque difícil tarea, sobre todo cuando la acometen quienes directa o indirectamente fueron actores de esta realidad.

En este sentido, debemos valorar como un esfuerzo de reconstrucción histórica y no como un intento de reescribirla, la profusión de documentales, seminarios, foros y publicaciones que durante estas últimas semanas han ocupado parte importante de la agenda de los medios de comunicación, institutos, universidades y organizaciones de todo orden.

Este sano ejercicio, es el que necesita nuestra sociedad, especialmente los jóvenes, que quizás por primera vez en estos 30 años, tienen la oportunidad de conocer y saber más íntegramente sobre una época que no les tocó vivir, pero que de una u otra forma ha sido determinante en la conformación del Chile actual.

Han sido justamente estos programas, actos, debates y encuentros los que han permitido reconocer y reencontrarse no sólo con un período de la historia patria sino que también con un Presidente de Chile que no solamente defendió la dignidad de su cargo con heroísmo, sino que también la figura de un demócrata cabal que tuvo el coraje y la tranquilidad de espíritu de inmolarse por sus principios.

Señor Presidente,

Hoy más que nunca, tengo la certitud que la muerte de Salvador Allende, no fue en vano; que su acto de extrema heroicidad en La Moneda, no quedó petrificado en la memoria de los pueblos; que los valores y principios por los que cayó, no han quedado en el lodo del olvido; que su consecuencia política demostrada en un momento crucial de nuestra historia, no pasó de largo en la conciencia colectiva de los hombres y mujeres progresistas del mundo. Allende quedó grabado en nuestro pensamiento, en nuestra memoria, no sólo por la superioridad moral que demostró ante la fuerza bruta, o porque se enfrentó al odio de militares golpistas con el sentido ético de un hombre de principios sólidos, sino que en su postrer acto de sacrificio nos dejó un enorme legado político y valórico que debemos saber rescatar a la luz de los enormes desafíos del presente.

Han pasado treinta años de aquel momento dramático de nuestra historia. El mundo ha cambiado de manera veloz sin dejarnos, a veces, espacios para reflexionar.

Entonces, ¿Qué explica que ninguna de estas transformaciones haya podido borrar de nuestra memoria colectiva el significado trascendente del sacrificio de Allende?

¿Qué explica que este hombre traspasara la historia y se quedara en ella como un valor imperecedero, como un ejemplo imborrable para esta y las futuras generaciones?

Para muchos Allende sólo es el rostro noble del infausto día en que Chile fue estremecido por un golpe brutal y cruel como el del 11 de septiembre de 1973, es el hombre digno que no se rindió ante la adversidad ni menos ante quienes lo asediaban.

Sin embargo, Allende fue muchos más que aquel día que lo inmortalizara.

Desde luego, fue hijo de las grandes contiendas sociales, de las luchas populares de finales de los 20 y principios de los años 30.

Durante la guerra civil española vibró por la causa republicana. Como tantos hombres y mujeres de ideas de avanzada, sintió profundamente su derrota. Movido por la preocupación que le suscitaba el avance que el fascismo experimentaba en Europa y en Chile, se dio a la tarea de crear, junto a otros preclaros dirigentes progresistas de la época, el Frente Popular ocupando luego de su triunfo la cartera de Ministro de Salud.

Luego de la inédita pero abortada experiencia de la República Socialista de los 12 días, Allende participó desde su joven entusiasmo a construir una fuerza política capaz de representar las ansias de cambio que se anidaban en vastos sectores de nuestra población. Nació así, un 19 de abril de 1933, el Partido Socialista de Chile. Siendo su

subsecretario General, es elegido por primera vez diputado por Valparaíso en 1937, cargo en el cual es reelegido, para convertirse desde 1945 en Senador de la República.

Durante su larga trayectoria como parlamentario y dirigente político, Allende siempre fue un gran animador de la unidad de la izquierda, de la unidad del pueblo. Esa invariable conducta lo llevó a convertirse en cuatro oportunidades candidato a la Presidencia de Chile, encabezando en cada oportunidad entendimientos partidarios más amplios que fueran más allá del propio Partido Socialista. Desde allí proyectó su creciente liderazgo sobre un vasto movimiento popular que lo llevó a conquistar la primera magistratura de la nación en 1970.

Allende demostró durante toda su vida que en política nada valen los escarceos de la mediocridad, las medianías inconducentes, las ambigüedades movidas por intereses menores. Fue un hombre de su tiempo que tuvo siempre la virtud de sobrepasar las amarras asfixiantes de la coyuntura. Por ello, a través de toda su vida política mostró - junto al don de su verbo firme y certero,- una enorme voluntad para hacer de su liderato un permanente esfuerzo por construir futuro y por demostrar que un mundo mejor es posible, aunque en ese empeño se vaya la vida.

Salvador Allende era un demócrata convencido. Entendía la democracia como un logro, no como un momento pasajero de la sociedad chilena, sino como un triunfo de los muchos que contribuyeron a desplegarla. Sostenía que la democracia no era un código pétreo de normas jurídicas y constitucionales, sino la base para la conquista de una sociedad más justa y humana.

No es casualidad entonces que al proceso que él encabezara lo hiciera desde la tradición democrática de Chile, dentro de los ámbitos propios de una institucionalidad de la cual él había sido parte como ministro, diputado y Presidente del Senado.

Hay quienes sostienen que las singularidades del proyecto político que él encabezara y que el camino escogido, fueron una gran ingenuidad del proceso chileno. Quienes así lo piensan olvidan que Allende era de aquellos socialistas formado en la larga tradición de una izquierda democrática que no se había dejado llevar por los dictados de la ideología establecida en la Unión Soviética. Allende ni era comunista ni era marxista-leninista. Era por sobre todas las cosas un libre pensador, de profundas convicciones humanistas, que siempre rechazó el camino estrecho a que conduce el dogmatismo y el sectarismo.

Más allá de esta interpretación es indudable que la Unidad Popular ni programática, ni políticamente tenía por objetivo crear una sociedad socialista al estilo de Europa oriental o hacer de Chile una nueva Cuba. Sólo la obcecación de sus detractores y la ignorancia y prepotencia de Nixon y Kissinger y los efectos propios de la Guerra Fría, en la que estaba inserto el proceso chileno, nos hicieron tomar caminos en los que se exacerbó la confrontación y la lucha ideológica en nuestro país.

Allende la enfrentó, no escabulló el desafío. Sin embargo, no estaba en su registro político generar las condiciones para una lucha tan polarizada como la que se vivió. Su vida política había sido de una consecuente observancia a las normas e la democracia.

“Pluralismo, democracia y libertad”. Esta frase, llena de contenido conceptual, era la síntesis de sus más íntimos convencimientos. Ella la repitió hasta la saciedad sin que fuera asumida no sólo por los lógicos adversarios que tenía nuestra experiencia, cuestión

entendible por quienes no cejaron un instante de complotar contra su gobierno, sino por parte significativa de la propia izquierda que apoyaba su gobierno.

La demostración más evidente de esta contradicción insalvable que se vivió al interior de los partidos de la Unidad Popular es el hecho que Allende jamás pronunció una sola frase, una sola opinión que llevara a pensar que él estaba por una definición diferente al camino democrático. Prueba evidente de esta afirmación es que en Chile se respetó hasta el último día del Gobierno Popular la libertad de prensa, de reunión, los derechos de las personas establecidos en la Constitución vigente; que el parlamento funcionó normalmente, que el poder judicial lo hizo de igual manera aunque ambos poderes estatales asumieran conductas que, miradas desde la perspectiva del tiempo, coadyuvaron a propiciar el golpe de Estado en el que se comprometieron las Fuerzas Armadas, comenzando así la noche más negra y larga que conozca la historia de Chile.

Señor Presidente

Hoy la democracia y la libertad nuevamente forman parte de nuestra convivencia. Desde hace 14 años los chilenos nos hemos reencontrado con los valores republicanos. Durante este período todos hemos contribuido a construir un país cuya estabilidad es objeto de admiración en el mundo entero. Nuestras instituciones funcionan y una ya larga transición nos ha permitido que tres presidentes surgidos de la más exitosa coalición política que conozca nuestra experiencia como nación, hayan ocupado el palacio presidencial donde se inmolara Salvador Allende. Con dificultad intentamos cerrar las heridas del pasado. Verdad, justicia, reconciliación y reparación son aun objetivos que nuestra sociedad intenta alcanzar.

Han sido años complejos pero esperanzadores.

Quienes propiciaron el golpe militar van quedando en el pasado y se esfuman cada vez más en la memoria de los chilenos. Sólo los más acérrimos partidarios de éste le recuerdan con nostalgia, carente de la más mínima autocrítica.

Son los mismos que en vano han intentado opacar y menoscabar la figura y legado de Salvador Allende.

Sin embargo y a pesar de ellos, son muchos los pueblos, naciones y gobiernos que en distintos lugares del mundo, se unen para rendir tributo a un hombre que hizo de sus ideales, valores y principios una actitud de vida.

Muchas son las avenidas, calles, plazas y poblaciones de Chile y de los más diversos rincones del planeta que volverán a escuchar acerca de este hombre que desde este apartado lugar de América Latina, pagó con su vida la lealtad del pueblo.

He dicho.